La conciencia auténtica en Mario Briceño Irragorry o la mixtura utópica en *Mensaje sin destino*

Authentic Conscience in Mario Briceño Irragorry,
or a Utopian Mixture in *Message without Destiny*

Luis Javier HERNÁNDEZ CARMONA

CILL, "Mario Briceño Irragorry". ULA-NURR

RESUMEN

El pensamiento político de Mario Briceño Irragorry está atravesado por profundas pinceladas utópicas. Su preocupación por alertar las trampas de la historia y las manipulaciones de la política, le llevaron a proponer un antidiscurso desde la sensibilidad como código ético y el pasado colonial a razón de "tradición natural" para construir los nuevos tiempos y los grandes horizontes. En *Mensaje sin destino* es cuestionada la historia contextualizada como "liturgia de efemérides". Antepone una historia "cierta" surgida de la heredad cultural del ancestro europeo y único parangón para superar la crisis donde nos han sumido los hombres con "responsabilidades públicas". Don Mario fustiga la desmemoria y el olvido como causantes de la muerte de la nacionalidad y los extravíos de la sensibilidad nacional.

Palabras clave: Mario Briceño-Iragorry, Utopía, Mensaje sin destino, historia.

ABSTRACT

El pensamiento político de Mario Briceño Irragorry está atravesado por profundas pinceladas utópicas. Su preocupación por alertar las trampas de la historia y las manipulaciones de la política, le llevaron a proponer un antidiscurso desde la sensibilidad como código ético y el pasado colonial a razón de "tradición natural" para construir los nuevos tiempos y los grandes horizontes. En *Mensaje sin destino* es cuestionada la historia contextualizada como "liturgia de efemérides". Antepone una historia "cierta" surgida de la heredad cultural del ancestro europeo y único parangón para superar la crisis donde nos han sumido los hombres con "responsabilidades públicas". Don Mario fustiga la desmemoria y el olvido como causantes de la muerte de la nacionalidad y los extravíos de la sensibilidad nacional.

Key words: Mario Briceño-Iragorry, Utopía, Mensaje sin destino, historia.

Ceñirse al pasado como paradigma y plataforma de empuje es una reiteración constante en la obra de Mario Briceño Irragorry. Ese pasado peligrosamente sedimentado bajo acechos y exclusiones, sustituciones y ditirambos, conforma un fundamental soporte de la “conciencia utópica de Briceño Irragorry en directa traslación de la “búsqueda latinoamericana” a su obra y, así, configurarse en Quijote tras la huella de una sensibilidad maltratada y obviada por los grandes olvidos de la historia y sus distintas interpretaciones del destino latinoamericano.

Mensaje sin destino (1941) en su “mixtura utópica” apunta hacia la concreción de esa “conciencia” que hurga sobre la arena y el mar intentando dejar una huella a manera de *Aviso a los navegantes* para orientar y alertar sobre las “trampas” de una historia ciega y vertida sólo sobre los parangones de la patria y el culto a las glorias épicas. La “historia cierta” enarbolada por Briceño Irragorry desborda las cronologías y va hacia el adoctrinamiento que permita repeler los embates foráneos de la cultura migratoria inserta entre los sistemas de producción económica asumidos como modelos de explotación en Venezuela.

Desde los epígrafes mismos, *Mensaje sin destino*, infiere hacia el pasado y lo decanta a manera de “conciencia auténtica”. Inmediatamente estamos frente a esa “mixtura utópica”, el apelar al pasado bajo la incertidumbre de ¿qué es el pasado?, una perspectiva sobreadundada de “ritos” que llevan a aferrarse a la formalidad e inmolar lo “sensible” como vertiente utópica del “ser romántico”. Así lo interpreta Briceño Irragorry al puntualizar con el epígrafe de Kahler: “el primer desarrollo de una conciencia auténtica consistió en edificar una conciencia del pasado”.

En *Mensaje sin destino* la escritura es arte y no un simple oficio comercial, es ejecutoria heredada desde principios idealistas de “quienes comenzamos a escribir cuando la imprenta era más arte que industria”, la escritura será mecanismo mediador entre el hombre y la aspiración por materializar los ideales signados por la preeminencia del pasado a razón de columna vertebral de sus actuaciones. La escritura conjura la carencia producida por la abrupta ruptura con un pasado colonial y sustituido por neoinvasores que han llegado tras las riquezas petroleras. Es menester apuntar que Don Mario nunca se opuso a la explotación del petróleo como tal, sino que cuestionó las nefastas consecuencias de las políticas erradas y la insensibilidad frente al hecho social: “Jamás me atrevería a desconocer el profundo significado que en nuestro proceso de pueblo tiene la presencia del petróleo como factor económico y social, ni menos desconozco las ventajas de la nueva riqueza”. Briceño Irragorry se mueve dentro de la ponderación y el “derecho histórico” de disentir sin dejarse llevar por un nacionalismo anacrónico: “No considero el Pesebre navideño ni el Enano de la Kalenda trujillano como factores de la esencialidad para la construcción de un orden social: miro en su derrota por el arbolito de Navidad y por el barbado San Nicolás, la expresión de un relajamiento de nuestro espíritu y el eco medroso de una conciencia bilingüe que pretende erigirse en signo de nuestros destinos”. La sindéresis radica en la verticalidad de los planteamientos y la presunción de las bases válidas y ciertas que apuntalarán este “Mensaje sin destino” y corroborarán la fortaleza de las razones surgidas desde la vida misma y bajo el sabor añejo de la tradición solariega. Uso la descripción “tradición solariega” para matizar el pasado que alude Briceño Irragorry como “conciencia auténtica”, el pasado colonial, la tradición heredada, el ser un heredero de los cronistas de Indias para asentar sobre libros recientes la presencia del nuevo hombre americano surgido de la amalgama de razas y sistemas culturales. Aun cuando –para Don Mario– será el sustrato europeo la presencia más fuerte y definitoria en esta amalgama étnica. Si refiriéramos una constante en la escritura de Briceño Irragorry, el pasado colonial será “arquetipo” de sus textos y de su vida. Briceño

Iragorry recurrirá insistentemente al pasado colonial y a la memoria europea para acrisolar los genuinos pilares de la sociedad latinoamericana y en especial de la venezolana.

En *Mensaje sin destino*, la historia y, más aun, lo social, son propuestos como perspectiva de pueblo para edificar y construir el horizonte deseado: “Se me imputa que, llevado por el aire del pesimismo, no presento caminos para la solución de la crisis de nuestro pueblo. Claro que si se buscan programas políticos como remedio, no apunto nada que pueda tomarse por una posible solución [...] Modestamente me limité a apuntar lo que yo considero causa de nuestra crisis, sin aspirar a enunciarlas todas, y menos aun proponerles remedio”. La utopía se fundamenta en una “solución” alejada de los partidos políticos. Fuera del “modus vivendi” de nuestra sociedad politizada y cosificada. La utopía: edificar desde la historia y no desde lo político, o por lo menos, en el límite donde ambos se articulen sin los antagonismos reales o la negación del uno por el otro. Pero, el sincretismo de un pasado, el sincretismo de un continente apuntan peligrosamente sobre la anhelada unidad cultural y la disensión de la utopía en diferentes frentes. La “hibridez” entre los elementos apertura nuevos espacios de diferencia, la hibridez cultural y los diversos matices del pasado no confluyen en una “utopía posible” sino en los intentos normalizadores de un porvenir basado en la disyunción: “Venezuela, pese a su historia portentosa, resulta desde ciertos ángulos un pueblo antihistórico, por cuanto nuestra gente no ha logrado asimilar su propia historia en forma tal que pueda hablarse de vivencias nacionales, uniformes y creadoras, que nos ayuden en la obra de incorporar a nuestro acervo fundamental nuevos valores de cultura, cuyos contenidos y formas, por corresponder a grupos históricamente disímiles del nuestro, puedan adulterar nuestro genio nacional”.

El pasado se transfigura en efluio de una “pasión romántica” que alimenta la sensibilidad entre las “virtudes” del existencialismo y la “fuerza” de los valores culturales. Ese pasado surge en *Mensaje sin destino* a razón de parábola que encubre un mensaje cuestionador: “Pero tras lo negativo de los hechos denunciados, está lo afirmativo de la virtud contraria, y más allá de la censura de ciertas actitudes, cualquiera mira el campo recomendable”. Y esta característica de parábola afirma y reafirma el título de *Mensaje sin destino* porque la palabra no cierra su caudal de significación con las referencias directas y explícitas del escrito, sino que, su destino depende del interlocutor y su disposición hacia la acción. El diálogo se cierra, el destino se encuentra cuando surge la aplicabilidad del interprete: “Siempre he creído necesario contemplar los problemas del país a través de otros ojos, y, en consecuencia, no me guí únicamente por los míos. A los demás pido prestada su luz; y el juicio de mis ojos, así sea opaco ante los otros, lo expongo al examen de quienes se sientan animados de una común inquietud patriótica”.

El decir “ingenuamente”, es una escritura utópica. El enarbolar su posición “personal” como blasón para la escritura es una mirada utópica, un “topos” sensible que desmembra sobre las demás conciencias para articular nuevos discursos. Es una voz en el desierto clamando por días fértiles y horas reflexivas para construir lo inimaginable a través de lo inimaginado; un porvenir “perfecto a través de un pasado de “rostro genuino”: “Digo ingenuamente lo que debo decir, sin mirar vecinas consecuencias ni escuchar el rumor de los temores”. Quijote que “ara en el mar”, pendón de la virtud en una lucha contra las tinieblas y sobre los muros del tiempo.

La utopía radica en intentar ser aceptado sin máscara de egoísmo o engaño: “Tampoco esquivo responsabilidades vistiendo vestidos postizos”. El hombre habituado a los esquemas de la utopía conserva una fuerza imaginativa superior y a la vez un mayor sentido de lo concreto que aquel que se halla sepultado por el peso de la historia. La utopía encarna-

da en el rostro colectivo dibujado por manos comunes: “Entonces podrá hablarse de concordia y reconciliación cuando los venezolanos, sintiendo suyos los méritos de los otros venezolanos, consagren a la exaltación de sus valores la energía que dedican a la mutua destrucción, y cuando, sintiendo también por suyos los yerros del vecino, se adelanten, no a pregonarlos complacidos, sino a colaborar modestamente en la condigna enmienda”. La utopía refleja el pensamiento para generaciones venideras, ella administra la herencia del futuro. Especula sobre posibilidades futuras y las refleja. El utopismo es el mentor espiritual de todo idealismo social, de toda fe en el progreso social. Espíritu generador de toda ética y precursor de las concepciones modernas sobre política, orden y paz social. Briceño Irragorry en *Mensaje sin destino* apunta hacia la crisis degenerada por los hombres (en funciones públicas) y su sentido de responsabilidad. En torno a la ausencia de responsabilidad colectiva esgrime la aparición de una *crisis de pueblo*, más allá de una crisis económica, cultural o literaria en específico.

Proponer una solución fuera de los trasuntos políticos representa una utopía: “más que un ‘pueblo político’ (en si bastante informe) me interesa el pueblo en función histórica”. La ausencia de “osmosis” histórica redonda en la carencia de “sentido político”: “por cuanto carecemos del común denominador histórico que nos dé densidad y continuidad de contenido espiritual del mismo modo que poseemos continuidad y unidad de contenido en el orden de la horizontalidad política”.

Un historiador que no lo es. Un historiador donde no hay historia: “Yo así figuré en el catálogo de quienes escriben historia en este país y por más que sienta el orgullo de la atribución, no estoy del todo conforme con tal entusiasmo”. El camino de la historia conduce a la utopía, un ‘topos’ cargado de autenticidad e identidad conduce hacia los laberintos de la angustia; “más en la mayoría de los trabajos de historia nacional se ha dado, con marcadas excepciones, notoria preferencia a una historia de tipo litúrgico y de criterio ‘calvinista’, con cuyo rígido esplendor se ha creído compensar nuestras carencias sociales de pueblo”. La historia es instrumento que acalla, eclipsa bajo los resplandores épicos: “Como colectividad siente poco la sombra el pueblo la sombra de su esfuerzo sobre los muros del tiempo [...] La historia bélica, que hasta hoy ha tenido preferencia en la didaxia, ha sido para el pueblo venezolano como centro de interés permanente, donde ha educado el respeto y la sumisión hacia los hombres de presa”. El brillo de la gloria opaca las conciencias y tiende un puente hacia la peligrosa deificación de lo castrense. Briceño Irragorry critica duramente la “tradición de la milicia” y a los poderosos fantasmas de la adoración castrense y la proclamación del “gendarme necesario”. La tradición de las armas se instituye a manera de acicate político para gobernar bajo el brillo devastador de una heredad: “El pueblo fascinado por la gloria de los héroes, siguió la lección que le dictaban los generales, y terminó por perder la vocación de resistir. Acaso de haberse ceñido a las normas de los ideólogos, hubiera sabido mantener la altivez que permite a los débiles saborear la libertad. Al lado de la tragedia dolorosa de la política, devoradora de voluntades y virtudes, los hombres de pensamiento puro tejieron su empeño por servir a la república”.

Desbaratar el “arco” sagrado de la historia y con sus restos edificar un nuevo trampolín para mirar la historia más cercana, hacerla más audible y en principio más nuestra: “a estas alturas del tiempo, ya deberíamos haber adoptado, espontánea y uniformemente, un ‘canon’ histórico, no de creación oficial o policíaca, sino formado, repito, sobre estructuras ideales, arrancadas, a través de un proceso sedimentario de generaciones, del fondo de nuestros anales”. Es decantar la historia nacional en las particularidades regionales, “las historias parciales” que suman la unidad nacional. Persiste la insistencia de Briceño Irragorry

rry por el valor de la “región” dentro del conglomerado nacional y su valiosa presencia a manera de punto de apoyo para la conformación del discurso histórico nacional. Mirada la historia desde la particularidad regional adquiere mayor cercanía y propicia la empatía, al ser mucho más familiar e impregnarse del sabor local. Don Mario hurga en su apellido mismo (*Patria Arriba*, 1955) y busca sus raíces en la heredad cultural española y se autorreconoce usufructuario de esa cultura venida con la ciudad europea y trasplantada al suelo americano. Desde su apellido se vuelca hacia su espacio inmediato (*Mi infancia y mi pueblo*, 1951), su Trujillo universal acendra el espíritu sensible fortalecido en el pasado y los aleros familiares. Para él, la historia es vida y la vida es una historia profundamente humana, es escenario de conjunción entre la anécdota y el colectivo.

La historia de los hombres representa la utopía, ambas perecen en el seno del materialismo político o las interpretaciones cercadas por los cauces equivocados y las perspectivas pesimistas. El culto a la historia redundante en la satanización de su verdadera intención. Peligrosa paradoja que encierra una cúspide de añoranzas que a la postre suenan huecas y silentes como los sepulcros: “Se rinde “culto” a los hombres que forjaron la nacionalidad independiente; pero un culto que se da la mano con lo sentimental más que con lo reflexivo”. Las glorias pasadas a manera y razón de referencia del oportunismo político y la consabida beligerancia doctrinaria que ello involucra, las hace frase acomodaticia en repuesta de una circunstancia política vacía, carente de historia.

Una reinterpretación del discurso bolivariano para orientar la intencionalidad del referente discursivo: “Bolívar prometió vencer desde una actitud humana la oposición del universo a sus sueños de libertad. Si los venezolanos hubiéramos tomado como lema de acción la consigna de Bolívar, otro habría sido el destino de nuestro pueblo”. La renuncia a lo “inmensamente humano” provoca el sepultar los ideales de lucha y marchar hacia un destino cosificado y ausente de idealismos, reñido con los principios elementales de la doctrina bolivariana y ese ‘liberalismo romántico’ que acompaña a Latinoamérica en su búsqueda de la sensibilidad extraviada.

Mensaje sin destino encarna la utopía del desenmascaramiento de la falsedad. Esa falsedad que interactúa solapadamente en la “crisis de pueblo” y se viste de historia para engañar bajo una liturgia de efemérides. Es la máscara de la adulancia, el disfraz de la historia: “Después de haber exaltado hasta la hipérbole histórica el mérito de sus existencias magníficas, seguimos la vida cotidiana como si ninguno de los grandes pensamientos de ellos valiera la pena de ser tomado por empresa para lo común de nuestro quehacer de ciudadanos”. La desmemoria del pueblo comienza en la “memoria” de la historia, una memoria abstraída a lo cronológico. De allí, la tradición del odio en el olvido de la historia. El odio a manera de elemento fundacional y estructurante de nuevas bases sociales, que junto a la ausencia de un proceso de reconciliación, conducen a espacios desérticos y de desmemoria. Expulsar de la memoria lo “español” es castrarse, violentar un “hecho” natural y dejar el campo fértil para trasplantar valores foráneos que conducen a desiertos de silencio y momentos de manipulación soterrada: “El odio que fue necesario de exaltar como máquina de guerra durante la lucha ciclópea librada por nuestros Padres contra la metrópoli peninsular, subsistió en la conciencia nacional, por prenda de “patriotismo”, durante mucho tiempo después de compuestas las paces entre la antigua Corte y la flamante República”.

Insiste a un regreso a los orígenes para incorporar reales fórmulas de entendimiento y conciliación nacional en torno a la influencia de lo “hispanico” dentro la vida patria y su importancia a la hora de definir perspectivas de solución frente a la “crisis de pueblo”. Para ello, contrapone dos términos: Tradición e Involución, a través de ellos, desglosa toda una

defensa de la continuidad de la historia y la importancia de lo ‘tradicional’ como fuente nutricia de nuevos intentos por aportar autenticidad a los discursos y sinceridad a las acciones. No se puede actuar bajo las premisas y preceptos de una “historia degollada”, mutilada en su acaecer: “Si descabezamos nuestra historia, quedaremos reducidos a una corta y accidentada aventura republicana de ciento cuarenta años, que no nos daría derecho a sentirnos pueblo en la plena atribución histórico-social de la palabra”. La segmentación y abstracción son pilares de la crisis de pueblo, una superposición de fracasos en una historia fragmentada origina la cuestionada “crisis de pueblo”. Los olvidos o saltos de la historia propician la crisis. Entonces, la utopía radica en el planteamiento de reconstruir la historia salvando “hiatos”. Homologar una historia para “apiñar” en un bloque el pensamiento sólido de nación. Plantea la reunificación del pensamiento en torno al ideal de nación para buscar en el pensamiento histórico—antes que en las categorías económicas— las respuestas ante la incertidumbre de la “crisis”.

La escisión de la historia es terreno para la demagogia y el oportunismo político. Dividir para dominar, olvidar para manipular, es el fin perseguido con la división de la historia: “Lo que los historiadores y los políticos de ayer y de hoy intentaron o intentan presentar como cesuras derivadas de valores acomodaticios, no pasa de ser obra ligera e interesada, las más de las veces con finalidades demagógicas”. Ante esto, surge la interrogante: ¿volver a la historia en una sociedad racional y signada por las fauces económicas del petróleo?, creo que inmediatamente todas las respuestas conducen a la utopía y el generoso sueño de los ideales. La utopía al plantear la tradición como base angular para solventar la “crisis de pueblo”. Soñar con lo romántico en el imperio de lo práctico: “Traer al plano presente los valores antiguos para extraerles su contenido de futuro, no es negarnos a cumplir nuestro destino de la hora”. Por lo cual, la nacionalidad será la suma de éxitos y fracasos antiguos que confluyen en una conciencia multiforme al expresar “la agonía de un pueblo en busca de caminos”.

Al desechar el espacio político como ductor de horizontes válidos para alcanzar desarrollo y progreso de los pueblos, enarbola nuevos caminos atinentes a la sensibilidad y al espacio íntimo, allí se encuentra con la muerte a manera de universo de la utopía. Desde la muerte se realiza y proyecta hacia el porvenir: “Como pródiga tierra que alimenta la rai-gambre de los árboles, la tradición es savia que sirve de nutrimento a la existencia de las naciones. De la vida antigua arranca la obra del progreso nuevo. Del ejemplo, pleno o deficiente, de ayer, viene la lección fructífera para la hora presente. Por la tradición hablan los muertos que no quieren morir, los muertos que aun mandan”. Tradición y espíritu decantan en amalgama creadora, alma de los pueblos, estancia de lo humano que lucha contra la “evolución” del hombre y la historia sustentada en negaciones y sustituciones, confundidas en un laberinto de pasiones estériles para deshojar a Latinoamérica en estancos orientados hacia la abstracción. La muerte a razón de purificación en los valores, el nacimiento a la vida ciudadana: “Para el colombiano, el muerto parece deshumanizarse, a fin de que se vea sólo la ejemplaridad de sus grandes hechos. Los vicios y los defectos se van con él a la tumba, como expresión de lo corruptible que perece. A la historia interesa apenas el valor creador de las vidas”. Historia “cierta” y muerte se transforman en tabla de valores, especie de tabla de mandamientos para provocar nuevos horizontes, sentido utópico de la vida en medio de la “otra” historia, la que “no ha realizado entre nosotros su verdadera función de cultura y el pueblo vive aun en la linde mágica de la liturgia de las efemérides”.

Lo antiguo se macera y reescribe a medida que el tiempo evoluciona, “añejado” como el buen vino se destila en paladares sensibles que buscan la consistencia de la patria

en medio de un cruce de ideologías centradas en el poderío político que busca el desarrollo económico y la deshumanización de los pueblos, robando lo idílico, lo utópico: “Cada hecho antiguo tiene su oportuna valorización en el presente. Lo viejo se deshumaniza y prosigue como símbolo en lo que tenga de positivo”. La mixtura utópica sigue representada en el contemplar una puerta nunca cerrada entre el pasado y el presente, sin la sombra de las negaciones y las sustituciones: “No se cierra un pasado con muros tan sórdidos que impidan el eco de las voces antiguas. I la fuerza de las voces nuevas acrece con el murmullo de las palabras viejas”. La ausencia y la negación son las armas de los agresores de la conciencia auténtica del hombre y su deambular en busca de una real definición. El odio al pasado y, más aun al colonial, es una forma de dominación por parte de los Estados Unidos, máximos representantes de la cultura impostora que enmascara el pretérito auténtico: “Destruído, aniquilado y felizmente convertido en un mundo distinto, el antiguo imperio colonial de España subsiste como tema de odio, de menosprecio y de codicia para el sajón. Y cuando este odio extraño se une incautamente con el odio retardado de quienes consideran patriótico mantener la enemiga nacional contra el mundo de las formas coloniales, los nuestros hacen suyos los elementos de los viejos enemigos de España y se cierran a la comprensión de nuestro pasado”.

El idealismo se centra en España y su transmigración a un continente de la utopía y la aparición de un “nuevo americano”: “El gran árbol hispánico lo considero idealmente dividido, en razón de la estupenda aventura realizada por el pueblo español, no por la Corona de Castilla, durante el siglo XVI. Desde entonces hubo dos Españas: la de Indias y la peninsular. La primera, formada por las masas populares que pasaron a América, a revivir para el futuro el espíritu de la libertad antigua”. El pecado de la historia se centra en el olvido de ese pasado fantástico que representa la sensibilidad ante los laberintos del país político. De allí la oposición y amalgama entre “país político” y “pueblo histórico”; interesante la abstracción: el país involucra la totalidad, mientras pueblo es una conjunción de individualidades, un escenario de “regiones” que guardan “espíritu y conciencia” de la tradición. Una vez más se descarta la “posibilidad” política y se asumen los valores populares a manera de antidiscursos: “Pese a que exista dicha crisis, ella no debe llegar hasta abolir toda fe en los valores populares y convertirnos en apóstatas de la república”.

“La ruptura de la tradición” desborda en la crisis de pueblo sedimentada sobre los grandes olvidos y saltos de la historia. Roto el cordón umbilical, surgen los desvaríos de la memoria y el consiguiente extravío en los laberintos del tiempo histórico: “Hoy, por carecer de un sentido histórico de continuidad, hemos llegado a ponderar el mérito de quienes aniquilaban las ciudades de nuestro mundo indohispánico y nos hecho lerdamente a la tesis de los permanentes enemigos de España. Es decir, hemos sumado a nuestro acervo concienencial temas que van directamente contra nuestra razón original de ser como colectividad”. La “ruptura de la tradición” bajo las fauces del capitalismo y el desmoronamiento de una nación bajo su quebradizo piso cultural: “Lo antiguo, lo nuestro, lo que daba cierta fisonomía a nuestras costumbres, ha ido desapareciendo al compás de las modas importadas. [...] I así la Navidad no es hoy en Venezuela la antigua fiesta de los abuelos criollos. Es la fiesta de los intrusos abuelos yanquis”.

Esta ruptura produce un “desprendimiento” en todos los órdenes y sentidos, nos olvidamos de la tierra y construimos su elegía, sustituimos los espacios rurales por un urbanismo obcecado de la “megalópolis” que sustituye el espacio natural y lo condena a una simbólica huerta. Con la muerte de la tierra, perecen sus símbolos y crece la desmemoria: “En Venezuela, en cambio, junto con la falta de un verdadero sentido histórico, se abulta la au-

sencia del sentido geográfico, que sirva de apoyo y de acicate para dar área firme y dilatada a las realizaciones sociales. El venezolano no tiene la “pasión del paisaje” que contribuye a que “se sirva” en función de luz y de color el poder de la tierra nutricia”.

Mensaje sin destino es la realización de la utopía por cuanto es la realización de las ideas en el marco de la palabra y el vencimiento de las sombras. Volverse sobre la palabra para mirarse en el espejo: “El pueblo no ha podido asimilar sus pensamientos del mismo modo como no ha asimilado la realidad integral de su pasado. En cambio, si meditase un poco, si lo ayudasen a mirarse en sí mismo, ya que él es historia viva que reclama voces que le faciliten su genuina expresión, nuestro pueblo luciría severa fisonomía y el duro carácter que le legaron sus genitores”. Advocación romántica de la vida, expresión idealista, perfil romántico que colinda con lo utópico: “Más como el idealista, aun contra toda esperanza, debe esperar en el triunfo de los principios”. Es la ética y la moral asidas a razón de paradigmas del hombre fervientemente humanista aun cuando asuma la quijotesca empresa de arar sobre el mar. Es cristalizar la palabra a manera de oráculo detentador de lo tachado por la “oficialidad” de la historia y las urdiembres de la política.

Mensaje sin destino es la palabra condenada a trascender sobre los cielos de América como el espíritu de Ariel y descorrer sus visos proféticos frente a la incertidumbre de las grandes aperturas: “Este nuevo milenario encuentra al hombre en medio de una crisis espantosa de fe. Están rotas todas las tablas de los valores morales. [...] El lucro ha quebrantado la lógica de la reflexión, y la política y la guerra se miran como felices oportunidades de pingües ganancias”. *Mensaje sin destino* es un diálogo sin interlocutor determinado que salta por encima del tiempo, partiendo de una serie de anhelos propios de una alma ensoñadora que creyó en los principios del hombre en su “elemental y simple” aspiración de querer destruir la falta de libertad y las injusticias existentes. Esos sueños sobre la llegada del “nuevo tiempo” alientan el infatigable espíritu utópico al encontrar sentido e imagen a través de la palabra, expresión sublime del humanismo, ejemplo vivo de compromiso y conciencia auténtica revestida en las canteras del pasado colonial para luchar contra la muerte y el olvido: “Pecado es confiar en el generoso olvido de los otros, para intentar exhibirnos como dispensadores de honras”. *Mensaje sin destino* es palabra pétreo contra el “analfabetismo ilustrado” y exaltación a la fuerza creadora del pueblo en su analogía con un río: “Río que viene de atrás el pueblo, para su expresión fecunda en el área de la nación, reclama símbolos que lo personalicen. [...] Tales signos sólo pueden formarse con los elementos que forja la historia a través de una comunidad de gloria y de dolor”.

Dos historias: una con destino, aunque forzado e impuesto para hacerla un repertorio de fechas y hechos condenados al destino político y manipulador. Otra, sin destino, pero comporta lo auténtico, la fortaleza amurrallada para contrarrestar el olvido y dejar huella sobre los muros del tiempo.